

ew2021-28

Lágrimas negras



Escribidora:
ANA MARÍA HERRERA
(1955)

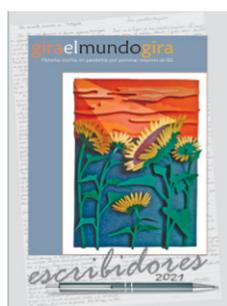
Miró el reloj, eran las tres y diez. La noche era todavía joven, aunque la gente empezaba a despejar el local. Quedaban los de siempre. Al fondo, la barra estaba vacía. El frenesí del baile y el ambiente cargado le dieron mucha sed. Pidió un ron con naranja para refrescarse y tomó unas notas en su libreta. Después decidió mezclarse entre el resto de bailarines, deslizándose en la pista al son de la música. Bailaba sola mientras que las grises figuras nocturnas que aún permanecían sentadas en los divanes rojos y negros contemplaban con desidia el espectáculo.

Las miradas de la noche son extrañas. La contemplaban creyendo que la mujer que bailaba frenéticamente era ella, cuando ni ella misma sabía quién era. La alegría triste y la tristeza alegre eran parte del paisaje de su alma cambiante. De pronto variaron el registro musical y se oyó un bolero. Se detuvo y miró hacia la columna. Una voz ronca de mujer cantaba desde los parlantes. En su canción lamentaba la partida de un amor. El sonido del parlante averiado, el baile interrumpido y el poder de las penetrantes miradas acentuaban la patética escena. No le gustaban los boleros pero este le llamó especialmente la atención. La música empezaba en tonos tristes que se iban intensificando. Como en una montaña rusa, de pronto arriba, de pronto abajo, se dejó llevar por el ritmo de la canción. “El pasado nunca se va, le gusta esconderse en la música” oyó decir. Entonces las luces de la discoteca se tornaron poéticas.

La conocí en clases de baile de salón. Se había obsesionado con aprender a bailar; se inscribió en cursos intensivos de lunes a viernes, dos horas. Y esa noche, como tantas otras, asistía a uno de los locales que empezaba a ponerse de moda allá por los años noventa donde los alumnos íbamos a practicar los pasos de baile. Allí se daban cita los discípulos de los bailarines y coreógrafos, propios, extraños y curiosos. Era la sala But de la calle Barceló que hasta hoy se recuerda como templo del baile de salón. En su desorden, unas veces feliz sonreía eufórica y otras veces huraña no hablaba con nadie pero siempre escribía algo en su libreta. Maquillada con un top de lentejuelas doradas, falda de vuelo y guantes largos de piel, alegre al máximo se sentía la más guapa de la fiesta, la estrella de la película con todo el mundo dando vueltas a su alrededor. Se atrevía a seguir otros pasos, bailaba con parejas distintas, conocidos y extraños que no hablaban su mismo idioma, de los que ni siquiera recordaba sus nombres. Bailaba sin parar toda la noche como si no hubiera un mañana. Pero esa noche aquel bolero la sobrecogió. Su arranque tramposo, empezando lento y acabando movido, con ritmo dividido en dos, era como la vida misma. El ritmo lento inducía a la quietud y el rápido al movimiento, y finalmente el silencio de la expectativa. Aquellos extremos musicales se parecían a las oscilaciones de su alma.

Sentada en el bar con libreta y lápiz, los pensamientos afloraban más claros que nunca y muchas frases inundaban sus hojas. Oyó detrás una voz que le decía ¿Esperas a alguien? No, le respondió sin mirarle a la cara. Dejó de escribir, y después de beber el último sorbo del cocktail, abandonó el local. Cinco de la mañana. Había gente en la calle pero nadie le dirigió la palabra; ninguno se percató de su presencia. Mientras regresaba a su casa se iba sintiendo triste, alegre, triste, alegre, triste, alegre y sin un final. Incapaz de definir qué sentimiento era más fuerte. Con ese cocktail de emociones, ya en su habitación, se acostaba como la Reina del Nilo y a la mañana siguiente era la sombra de sí misma. Parecía la chica perfecta, atractiva, inteligente, culta, pero algo afectó su vida drásticamente. Una vez comentó que había perdido un hijo. Ese golpe hizo que su vida diera un giro inesperado y brotara un trastorno que había estado dormido desde su infeliz infancia. Ese problema llegó a afectar todos los aspectos de su vida. Tuvo experiencias románticas, pero alejaba a todos los pretendientes. Sus rápidos y extremos cambios de humor eran parte de su ser, pero sus allegados preferían considerarla excéntrica. ¿Acaso no tenemos todos momentos así? Pero eso era mucho más que estar triste o contenta. También deliraba y tenía alucinaciones. Ocultaba secretamente la realidad que no le permitía ser ella misma. Sufriendo en silencio pasaron los años de luchar con sus propios demonios, de vivir en esa continua montaña rusa, hasta que identificó a su enemigo y se enfrentó a él. Aceptó la ayuda profesional y aprendió a vivir con sus dos compañeras, la tristeza y la alegría. Inteligente, reconoció su condición mental que le abrió las puertas para escapar y le permitió cultivar varias facetas del arte destacando en su profesión de traductora.

Confesó que aunque en sus fases de subida estaba muy a gusto y feliz, sin embargo la depresión también era interesante porque las lágrimas de tristeza y de alegría son liberadoras; aquellas otras lágrimas oscuras que caen de vez en cuando, nos devuelven a la vida. La vida amerita que, de tanto en tanto, caigan lágrimas negras.



Historia del libro *gira, el mundo gira* (abril 2021)